

EL ACERCAMIENTO ENTRE EL PATRIARCA Y LA ANTIPATRIARCA REPRESENTADOS POR DOS PERSONAJES DE PEDRO PÁRAMO

Francisco García Acevedo

EL ACERCAMIENTO ENTRE EL PATRIARCA Y LA ANTIPATRIARCA, REPRESENTADOS POR DOS PERSONAJES DE PEDRO PÁRAMO

RESUMEN

En este artículo profundizaremos en la relación entre dos de esos personajes: Pedro Páramo y Susana San Juan. Enfrentados, como están, ambos se conectan mediante una relación de oposición no disyuntiva, carácter que configura cualquier novela, como afirma Kristeva (1978): “la disyunción enmarca la novela (...). Pero la novela no es posible más que cuando la disyunción de los dos términos puede ser negada al tiempo que está allí, confirmada y aprobada” (p. 167). En consecuencia, ambos personajes conforman dos figuras clave: la clave:

la del patriarca, reproducida por Pedro Páramo, y la de la antipatriarca, materializada en Susana San Juan, para quienes, simultáneamente, su existencia dependerá de la del otro.

Palabras clave: patriarca; antipatriarca; Pedro Páramo.

AUTORES

Francisco García Acevedo

Correo: *fgarcia1994@hotmail.com*

Ingeniero de petróleos. UIS
Estudiante de Literatura. UNAB

CLOSE UP BETWEEN THE PATRIARCH AND THE ANTIPATRIARCH, REPRESENTED BY TWO CHARACTERS FROM PEDRO PÁRAMO

ABSTRACT

In this article we will deep into the relationship between two of those characters: Pedro Páramo and Susana San Juan. Confronted, as they are, both are connected through a non-disjunctive oppositional relationship, a character that configures any novel, as Kristeva (1978) affirms: “disjunction frames the novel (...). But the novel is only possible when the disjunction of the two terms can be denied while it is there, confirmed and approved” (p. 167). Consequently, both char-

acters make up two key figures: that of the patriarch, reproduced by Pedro Páramo, and that of the antipatriarch, materialized in Susana San Juan, for whom, simultaneously, their existence will depend on that of the other.

Key words: patriarch; antipatriarch; Pedro Páramo

Recibido: 28 de abril de 2020

Aprobado: 11 de julio de 2020

INTRODUCCIÓN

Pedro Páramo es una suerte de subversión en la narrativa latinoamericana: resquebraja el modelo tradicional de la novela contemporánea que, en muchos casos, da prelación a la voz narradora, y concibe un orden narrativo que prescinde considerablemente de la explicación característica del género, de las descripciones, y que en efecto, persigue la objetivación de la diégesis.

No es fácil reparar en algo novedoso acerca de una obra que ha sido leída y estudiada en tantas lenguas. Y lo es menos aun si se revisa la crítica, que no solo es vastísima sino también ambivalente, hallando uno de sus mayores disensos en la forma como Juan Rulfo, su autor, caracteriza a los personajes femeninos que intervienen en ella. Para citar un ejemplo, Elena Poniatowska, en un artículo en que transcribe una entrevista hecha a Rulfo en su oficina del Instituto Nacional Indigenista, le recrimina por el trato dado a las mujeres en su obra:

[T]ú tratas mal a las mujeres en tus dos libros, Juan, ninguna de ellas funciona realmente; todas son encarnaciones de alguna debilidad humana, estériles como Dorotea, chismosas como Eduviges, arrepentidas como Natalia, locas como Susana San Juan o bigotonas como Pancha (Poniatowska, 2017, s.p.).

En otro extremo, Malva Filer argumenta que estos personajes:

... se constituyen, en contraste con los masculinos, como el discurso más radicalmente subversivo de la novela. Estas figuras, por las que el texto remite a las condiciones históricas de sometimiento sexual y económico de la mujer, son al mismo tiempo las voces más rebeldes y transgresoras que crea la novela (Filer, 1981, p. 6).

En el universo de Pedro Páramo, las mujeres adquieren la capacidad de interconectar figuras entre sí —muchas de ellas, masculinas—, a la vez que generan acercamientos entre realidades distintas o planos diferentes de una misma realidad (Stanton, 1988, p. 578), lo cual las provee de astucia y poder. De otro lado, los personajes masculinos son, en su mayoría, ostentadores de un poder del cual abusan, hecho que los hace vulnerables a los ojos del lector y de los múltiples narradores. Estos personajes terminan por encarnar, así, la dicotomía entre la posesión y la carencia, manifiesta en todas las relaciones jerárquicas en que participan.

EL PRIMER PASO: LA ACEPTACIÓN/NEGACIÓN DE LA MADRE

Existe una diferenciación clara entre la percepción de la madre para el patriarca y para la antipatriarca. Para convertirse en patriarca, Pedro Páramo debió primero rechazar la autoridad de su madre —ya había desafiado anteriormente la de su abuela: “Que se resignen otros, abuela, yo no estoy para resignaciones” (Rulfo, 2011, p. 26) —, para luego negarla en absoluto. Cuando ella le anuncia que habían matado a su padre, Pedro Páramo le responde: “¿Y a ti quién te mató, madre?” (p. 30); varias páginas después, trae a la mente la imagen de su madre, de quien el narrador indica que “él ya se había olvidado y olvidado muchas veces, diciéndole: “¡Han matado a tu padre!” (p. 73). La muerte en vida de la madre y, además, el reconocimiento del padre, para luego anhelar sucederlo, dan a Pedro Páramo el carácter autoritario de cacique de Comala.

Susana San Juan, por el contrario, se identifica enteramente con la madre. El texto sugiere, por las características de ambas, que hay rasgos que las aproximan, y la misma Susana, en su monólogo en el panteón, enuncia su cercanía con ella: “Estoy acostada en la misma cama donde murió mi madre hace ya muchos años; sobre el mismo colchón; bajo la misma

cobija de lana negra con la cual nos envolvíamos las dos para dormir” (p. 82). El anhelo del retorno a la madre en la eternidad se consume: Susana desprovee a la muerte de su carácter trágico y ve en ella su oportunidad de regreso a la unidad con su progenitora fallecida: “Vámonos, Justina, ella está en otra parte, aquí no hay más que una cosa muerta” (p. 84). Este reconocimiento de la trascendencia de la feminidad aun después de la muerte, entreverada con la negación del padre (que posteriormente examinaremos), dotan del carácter antipatriarcal a Susana San Juan.

En últimas, la negación por parte de uno —el patriarca— y la aceptación por parte de la otra —la antipatriarca— crean un aparente antagonismo que, de hecho, los acerca en términos ontológicos: la trascendencia es la misma, aun cuando el ser que trasciende no lo es.

LA RELACIÓN CON EL PADRE

El reconocimiento de la autoridad del padre es el eje de la constitución de Pedro Páramo como patriarca. Para llenar las expectativas de su padre, quien lo consideraba inútil e incapaz de igualar su carácter en la Media Luna —“No se cuenta con él para nada, ni para que me sirva de bordón servirá cuando yo esté viejo. Se me malogró, qué quiere usted, Fulgor” (p. 43) —, él deviene un hombre que rebasa todo límite de sevicia y acritud. Con esto, les recuerda a los habitantes de la Media Luna que es un nuevo patriarca: “Y recuérdale que Lucas Páramo ya murió. Que conmigo hay que hacer nuevos tratos” (p. 46), cuya voluntad burla cualquier ley establecida: “La ley de ahora en adelante la vamos a hacer nosotros” (p. 46).

A él se suma Miguel Páramo —el único hijo que reconoce—, quien emula las acciones de su padre como infractor de la ley y de las barreras de sus deseos. Sin embargo, Pedro Páramo no ve su actuación como

equiparable a la suya propia. Cuando Fulgor Sedano le informa sobre la acusación que estaban levantando contra él, Pedro Páramo descarta la posibilidad de lo ocurrido: “Hazte a la idea de que fui yo, Fulgor; él es incapaz de hacer eso: no tiene todavía fuerza para matar a nadie. Para eso se necesita tener los riñones de este tamaño” (p. 70). De ese modo, el patriarca se autoproclama insustituible, aun por su propio hijo, a quien considera deleznable. Tal circunstancia, sumada a su carácter frío y áspero, le impide sentir dolor ante la muerte del hijo: “Y díles de paso a esas mujeres que no armen tanto escándalo, es mucho alboroto por mi muerto. Si fuera de ellas, no llorarían con tantas ganas” (p. 75).

Por otro lado, entre Susana San Juan y su padre, Bartolomé San Juan, la relación es bastante más compleja. Si bien el texto no lo afirma con contundencia, muchos pasajes sugieren que existe un vínculo incestuoso entre el padre y la hija, engranado con la escena en que ella, en su niñez, es obligada por él a descender en un pozo en búsqueda de objetos de valor. Fulgor Sedano lo entrevé: “por el modo como la trata más bien parece su mujer” (p. 88) y, un par de páginas más adelante, Bartolomé lo confirma: “Le he dicho que tú, aunque viuda, sigues viviendo con tu marido, o al menos así te comportas” (p. 91).

En la rebelión contra el abuso del padre, entonces, Susana San Juan hallará su redención. Desconocerá su autoridad y, de esa forma, se deslindará de su identidad, hasta ese momento, definida como parte de la de Bartolomé —“Tú eres mi hija. Mía. Hija de Bartolomé San Juan” (p. 91) —. La sublevación antipatriarcal se intensifica cuando Susana llama a su padre por su nombre:

—Sí, Bartolomé.

—No me digas Bartolomé. ¡Soy tu padre! (...)

— ¿Y yo quién soy?

—Tú eres mi hija. Mía. Hija de Bartolomé San Juan.

En la mente de Susana San Juan comenzaron a caminar las ideas, primero lentamente, luego se detuvieron, para después echar a correr de tal modo que no alcanzó sino a decir:

—No es cierto. No es cierto.

— (...) ¿Por qué me niegas a mí como tu padre? ¿Estás loca?

— ¿No lo sabías?

— ¿Estás loca?

—Claro que sí, Bartolomé. ¿No lo sabías? (pp. 90 - 91).

La conciencia de la locura en Susana es el principal indicio de su lucidez y el hecho contundente de su emancipación. Aceptar la locura implica, para ella, reconocer que su mundo no está en sincronía con el sesgado mundo patriarcal de su padre; en cambio, conlleva la reafirmación de su independencia y la intensificación de su resuelta concepción de su alrededor.

La desnaturalización de Susana da, en efecto, paso a la voz feminista de la novela, que aboga por la destrucción de los prejuicios y reivindica la libertad en su sentido más amplio. Este rasgo contrapondrá su actuar al de los demás personajes femeninos y acabará por acercarla a Pedro Páramo, quien, contrario a lo esperado, se interesará mucho más en ella.

EL RECHAZO A LA AUTORIDAD DIVINA

La figura eclesíástica más relevante en el universo novelesco de Pedro Páramo es el padre Rentería, un hombre débil y corruptible, sometido a la autoridad del cacique, de quien dice que “puede comprar la salvación” (p. 32). En su condición de patriarca, Pedro Páramo es

también el dueño de todo cuanto existe, no solo en el mundo material, sino también en el espiritual. Por eso, el sacerdote se ve intimidado constantemente por él, y solo logra enfrentarlo en contadas ocasiones, ya que es consciente de que su poder, rebasa el poder divino que había sido conferido a él como pastor.

Pese a su fuerte apego a las tradiciones religiosas, los habitantes de Comala no conciben al padre Rentería como su padre. Si bien están imbuidos de la verdad profesada por la Iglesia, su actuación refleja mayormente una obediencia reverencial a Pedro Páramo, quien asimismo manipula al párroco. Este, a la vez que se arrepiente de obrar en favor de quienes le dan ofrendas monetarias, ratifica la legitimidad de su poder, al cual equipara con el de Dios.

Mientras tanto, la negación de Dios que hace Susana San Juan dista en ciertos aspectos de la de Pedro Páramo. Su insubordinación pone en tela de juicio la autoridad divina al rebelarse contra Dios mismo. Lo hace, en primer lugar, por haberle arrebatado a Florencio, su amado: “¡Señor, tú no existes! Te pedí tu protección para él. Que me lo cuidaras. Eso te pedí. Pero tú te ocupas nada más de las almas” (p. 107); también niega la existencia del Cielo: “Yo solo creo en el Infierno” (p. 117); y finalmente rehúsa recibir el perdón divino concedido por el padre Rentería mediante el ritual católico de unción de enfermos: “¡Ya váyase, padre! No se mortifique por mí. Estoy tranquila y tengo mucho sueño” (p. 122).

Por tanto, el proceder de Susana San Juan cobra sentido dentro de la burla a todo el sistema patriarcal construido por la Iglesia católica. En su actuación deliberada y su encaramiento a los órdenes, su personaje es, sobre todo, sacrílego, como bien anotan Bastos y Molloy (1978): “El sacrilegio es una de las formas del desvío de Susana San Juan, acaso la más impresionante;

recuérdense las imprecaciones al Señor, ritmadas como un salmo, donde declara su desesperación” (p. 12). Su enfrentamiento a la deidad es una declaración de superioridad que alberga la negación absoluta de su existencia misma, del pecado y de la autoridad eclesial.

LA HUIDA DEL MUNDO EXTERIOR COMO CASTIGO O REDENCIÓN

Tienen en común Pedro Páramo y Susana San Juan que el mundo interior es su refugio para rehuir la realidad circundante. El patriarca, por su parte, pierde su condición natural debido a la mujer amada y acaba por sensibilizarse: “Sentí que se abría el cielo. Tuve ánimos de correr hacia ti. De rodearte de alegría. De llorar. Y lloré, Susana, cuando supe que al fin regresarías” (Rulfo, 2011, p. 89). En ese intento de pensamiento moldeado por el deseo de construir al otro, Pedro Páramo diviniza a Susana San Juan hasta desfigurar su condición humana e imaginarla como una “mujer que no era de este mundo” (p. 115).

La deificación de Susana trae a Pedro Páramo el castigo de la inaccesibilidad. Aunque logra tenerla en cuerpo físico, es incapaz de penetrar en la profundidad de su mente: “¿Pero cuál era el mundo de Susana San Juan? Esa fue una de las cosas que Pedro Páramo nunca llegó a saber” (p. 102), y acaba por imaginar a una mujer que no era Susana, en una realidad distante y completamente diferente a la habitada por ella. Esta característica se percibe en cada uno de los soliloquios en que Pedro Páramo recuerda —o crea— a Susana, en intentos malogrados de entender aquello que siempre le resultó desconocido. El suyo es un discurso en que “el recuerdo está magnificado por la nostalgia; donde la nostalgia se impone al recuerdo metaforizándolo” (Bastos y Molloy, 1978, p. 19).

Susana San Juan hace lo propio en sus sueños, en los que da rienda suelta a su deseo, al imaginar la intimidad

con su amado: “Tengo la boca llena de ti, de tu boca. Tus labios apretados, duros como si mordieran oprimiendo mis labios...” (Rulfo, 2011, p. 120). Como antipatriarca, Susana sabe acerca de su no dependencia de otro, aun del hombre de sus sueños, Florencio, y lo expresa en su ansia por su cuerpo y no por su alma: “lo que yo quiero de él es su cuerpo” (p. 107).

Tal vez la mayor de las transgresiones de Susana San Juan —la que la instituye como antipatriarca— consiste en su capacidad de manifestar su propio deseo sin pudor, en un panorama social en que aún se pensaba el sexo como fuente de satisfacción del hombre y como medio de procreación. Aunque Florencio no comprende el placer que Susana manifiesta al sentir su propio cuerpo sumergiéndose en el mar, ella sigue haciéndolo sin su compañía; aun cuando él ha muerto, el corazón de ella sigue latiendo con apetencia inagotable: “Ya sé que vienes a contarme que murió Florencio; pero eso ya lo sé. No te aflijas por los demás; no te apures por mí. Yo tengo guardado mi dolor en un lugar seguro. No dejes que se te apague el corazón” (p. 99).

LA CERCANÍA DE LOS CONTRARIOS

La relación antitética entre Pedro Páramo y Susana San Juan termina siendo el punto de encuentro de ambos personajes. Al habitar una realidad cuya constante es el desencuentro entre ambos, ocupan en paralelo mundos trascendentes e idealizados, que acaban conectándose. Y tal conexión da como fruto un proceso de desidentificación de cada uno con su yo aparente: el patriarca y la antipatriarca, caracteres antagónicos que en uno y otro personaje tienen prelación, se quiebran, y entonces Pedro Páramo acaba feminizado y Susana San Juan, masculinizada.

El Pedro Páramo que se feminiza es, a diferencia del hombre abyecto que ostenta el control de la Media

Luna, un emisor poético que se ha dejado penetrar por el deseo del poder que inspira Susana: “Miraba caer las gotas iluminadas por los relámpagos, y cada que respiraba suspiraba, y cada vez que pensaba, pensaba en ti, Susana” (p. 21). Asimismo, Susana San Juan se masculiniza al asumir el rol romántico de amante, tradicionalmente masculino, que, además de hablar de su excitación propia, convierte al otro —Florencio, en este caso— en objeto de su deseo sexual: “caliente de amor; hirviendo de deseos; estrujando el temblor de mis senos y de mis brazos. Mi cuerpo transparente suspendido del suyo” (p. 107). En esta doble ambivalencia radica el carácter antitético no disyuntivo de ambos, ya que al ser el uno son también el otro: Pedro Páramo es el patriarca de Comala a la vez que se desempeña como el poeta feminizado que idealiza a la amada; Susana San Juan es la antipatriarca y al mismo tiempo es la amante masculinizada que relata su deseo por la corporalidad del amado.

Tras la separación definitiva de ambos, luego de la muerte de Susana San Juan, inicia la tragedia que azotaría a Comala y que, eventualmente, la colmaría de almas: “fueron días grises, tristes para la Media Luna. Don Pedro no hablaba. No salía de su cuarto. Juró vengarse de Comala. “—Me cruzaré de brazos y Comala se morirá de hambre”. Y así lo hizo” (p. 124). Así, la disyunción, además de traer muerte y desgracia a Comala, también imposibilita la trascendencia de sus habitantes, y así sus espíritus quedan vagando entre las voces del pueblo fantasmal al que arriba Juan Preciado al inicio del relato.

CONCLUSIONES

En Pedro Páramo se concibe el universo de Comala dominado por la figura del patriarca, representado por Pedro Páramo, cuyo poder únicamente se ve contrarrestado por Susana San Juan, que constituye la antipatriarca. Al rebelarse contra su propio padre

—y desconocer su autoridad—contra la religión —su dogma, su dios y su pastor—, contra los tabúes de la sexualidad y contra Pedro Páramo, Susana San Juan destruye el sistema patriarcal que predomina en el mundo gobernado por el cacique y desconoce las estructuras de poder que definen la línea divisoria entre cordura y demencia. Igualmente, una vez acepta su aparente locura y se muestra consciente de ella, reafirma su lucidez frente a todos los personajes que componen la obra. La genialidad de su carácter se comprenderá, entonces, en la medida en que exista el patriarcado impuesto por Pedro Páramo.

El patriarca, en contraste, se ve destruido por el amor idealizado que le suscita la antipatriarca, que, al ser su antagónica, concibe como una mujer que no es de este mundo. Pedro Páramo ve cuestionado su juicio al ser incapaz de comprender el actuar de esa mujer que, al no ceñirse a sus requerimientos y transgredir el orden que él mismo ha instaurado, percibe como foco de poder masculino. Se deja poseer por el amor idealizado y, por ende, se desnaturaliza como patriarca hasta feminizarse. Aunque se ve amenazada su esencia patriarcal, su trascendencia como personaje trágico dependerá enteramente de la existencia de la antipatriarca, quien lo dota de sentido.

REFERENCIAS

Bastos, M. y Molloy, S. (1978). “El personaje de Susana San Juan: Clave de enunciación y de enunciados en Pedro Páramo”. *Hispanamérica*, 7 (20), 3-24. Recuperado de www.jstor.org/stable/20541641.

Filer, M. (1981). “Sumisión y rebeldía en los personajes de Pedro Páramo”. *Inti*, (13/14), 63-72. Recuperado de www.jstor.org/stable/23284837.

Kristeva, J. (1978). *Semiótica* (Vol. 25). Madrid: Editorial Fundamentos.

Poniatowska, E. (2017). "Las mujeres a Juan Rulfo". La Jornada. Ciudad de México. Recuperado de <https://www.jornada.com.mx/2017/05/14/opinion/a03a1cul>.

Rulfo, J. (2011). Pedro Páramo y El llano en llamas. Bogotá: Planeta.

Stanton, A. (1988). "Estructuras antropológicas en Pedro Páramo". Nueva Revista de Filología Hispánica, (NRFH), 36(1), 567-606. <https://doi.org/10.24201/nrfh.v36i1>.